

Palabras del Sr. D. Jean Baechler

Miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia

Señor Presidente, queridos colegas, señoras y señores:

Mi presencia esta noche en esta venerable asamblea, y en esta solemne ocasión, me llena de temor y de confusión. Me avergüenza tener que expresarme ante ustedes en francés. No vean en ello ni atrevimiento ni arrogancia por mi parte. Mi primera excusa es mi desconocimiento del castellano hablado, aunque no del español escrito. Quizá una justificación más admisible para ustedes sea el que, en una fase de la historia de la humanidad marcada por la unificación lingüística, conviene defender la perpetuación de las lenguas en las que todo lo que cuenta ha sido pensado y escrito hace ya medio milenio, es decir el alemán, el inglés, el español, el francés, el italiano, entre otras, y sólo recurriremos a una lengua de comunicación más pobre en los intercambios diarios. La conmemoración de esta noche no es corriente, pues las instituciones humanas son demasiado frágiles y efímeras como para dar normalmente lugar a celebrar su ciento cincuenta aniversario. De ahí mi temor a no estar a la altura del acontecimiento y a representar mal hoy y en este lugar a mis colegas franceses, quienes me han encargado transmitir sus más afectuosos saludos y sus mejores deseos. Mi temor se acrecienta pues ustedes me han pedido que reflexionemos juntos sobre una cuestión de vida o muerte que afecta a nuestras academias. En efecto, la cuestión de “La función social de las academias en el siglo XXI” reenvía a la pregunta “¿Para qué pueden servir las academias en el futuro?”

Plantear la pregunta en estos términos tan bruscos desprestigia de antemano cualquier respuesta que base la defensa de las academias en su ilustre pasado. Aunque merecen ser conservadas para defenderlas en el presente, su función debe interesar lo suficiente al futuro. El ejercicio es delicado y peligroso, pues todo alegato *pro domo* es sospechoso de circunloquios interesados, y toda declaración referen-

te al futuro está cargada de una incertidumbre tan radical que la prudencia aconseja abstenerse de formularla. Sólo veo una salida para evitar el circunloquio y no juzgar precipitadamente el futuro. Parte de la ingenua pregunta: "Si las academias no existiesen, ¿habría que crearlas hoy?" Quizá muchos contestarían: "¡No!" Antes de sumarse a una opinión extendida fuera de las filas académicas, la razón y el sentido común imponen buscar una respuesta argumentada según la siguiente línea: ¿Podemos localizar, en el actual estado de desarrollo en que se encuentran nuestras sociedades, una o varias funciones que no estuvieran garantizadas si las academias no existiesen, y que, debido a su importancia, exigiesen la invención de instituciones adecuadas para realizarlas? Si la respuesta es positiva, tendremos, al mismo tiempo, la justificación de la existencia de las academias y la definición de sus funciones. Podemos extraer un argumento en favor de una respuesta positiva de tres consideraciones muy diferentes y poco aparentes: el valor intrínseco de la antigüedad de una institución, el lugar de los honores en la sociabilidad humana y la utilidad de los generalistas junto a los especialistas. Estos tres argumentos son intemporales. Encuentran en nuestro mundo democrático, dominado por las obsesiones económicas y arrastrado por una aceleración inédita de la marcha de la historia, una importancia y una urgencia nuevas.

LO EFÍMERO Y LO DURADERO

Si nuestras academias no existiesen, sería inútil crearlas hoy, pues les faltaría aquello que las hace valiosas, es decir, su antigüedad. La Accademia dei Lincei se fundó en 1603, la Académie Française en 1635, la mayoría de las academias de Europa datan de los siglos XVII y XVIII. Su masiva proliferación en la misma época se debe, sin duda, en parte a la moda, pero sólo mínimamente, así como es muy secundario el sueño de los renacentistas italianos de restablecer el vínculo con la tradición antigua de la Academia de Platón y de las escuelas filosóficas. Éstas responden, a fin de cuentas, a una concepción y a una intención diferentes, puesto que para ellas se trataba menos de ser centros de investigación que lugares de vida consagrados a la práctica colectiva de la felicidad a través de la sabiduría. Sus homólogos posteriores y cristianos son más bien el universo monástico medieval, consagrado a la persecución de la beatitud a través de la santidad. Las academias de la Europa moderna se inscriben en una tradición diferente, la de las universidades medievales. Se distinguen de ellas ostensible y deliberadamente por dos rasgos. Por una parte, son instituciones independientes de la Iglesia y están bajo la influencia del poder real y estatal, lo que puede comprometer su independencia, pero también da muestras de la reconstrucción política y estatal lejos de la dispersión feudal. Por otra parte, las academias se alejan de la teología y del derecho canónico enseñado en las universidades y pretenden consagrarse a los nuevos conocimientos definidos por el Renacimiento y producidos sobre todo por esa inaudita mutación que fue la invención de la ciencia entre 1600 y 1630. Sin embar-

go, las academias son la prolongación de las universidades medievales en dos puntos esenciales.

Primero, tanto unas como otras quieren ser centros de investigación, de pensamiento, de intercambios, de reflexión y de creación, y destinan sus actividades a los asuntos de la inteligencia y del intelecto. Es el lugar donde, durante varios siglos, se elaborarán, se harán públicos y se discutirán los adelantos más decisivos en el campo de las ciencias, de la erudición, de las letras y de las artes. Además, y quizá sobre todo, las academias mantienen la organización en red de las universidades medievales. Tanto unas como otras son, al mismo tiempo, focos autónomos de actividad y de intercambio que hacen circular la información por toda Europa. Del mismo modo que durante siglos hubo una “república escolástica”, informal, pero animada por los intercambios de profesores y estudiantes y por la comunicación del estado de las obras, también la Europa moderna se dotó de una “república académica”, sin profesores ni estudiantes, pero compuesta por pensadores e investigadores en comunión intelectual más allá de las fronteras y en comunicación permanente mediante cartas y publicaciones. La estructura de ambas repúblicas es análoga. Está dividida, pues no está dirigida por ningún centro, pero la dispersión se evita por la organización en red y por el hecho de que, entre países, las academias regionales más modestas pueden alinearse con las academias nacionales. Éstas compiten pacíficamente por la excelencia, y aunque entre ellas se establece una jerarquía, ésta es fluida y continuamente cuestionada. Esta estructura heterárquica, favorable a la autonomía, a la competitividad y a la creatividad, es muy destacable si la comparamos con las ejecuciones observables en las otras grandes áreas de civilización, en China, en India, en Asia Anterior. La razón profunda de esta excepción europea debe buscarse en esa otra notable excepción que es la ausencia completa de un imperio europeo y el progresivo establecimiento de una solución original, a saber, un concierto equilibrado de reinos bien delimitados y de monarquías estables que favorecían la gestión racional de los asuntos públicos y garantizaban un alto grado de autonomía a la sociedad civil.

La república académica de Europa no ha desaparecido, pero se ha superado a sí misma en su mayor triunfo, que es la “república planetaria de las ciencias”. En efecto, la red contemporánea de inteligencia e intelecto reúne universidades y laboratorios, y lo hace a escala planetaria. En este nuevo marco, las antiguas academias juegan un papel secundario, salvo si tergiversamos la palabra y llamamos, basándonos en el modelo soviético, “Academia de Ciencias” a la estructura administrativa y estatal de investigación, lo que no tiene relación con el concepto europeo. Desde el punto de vista de la nueva república de ciencias, las academias aparecen como supervivientes, cuya capacidad para rivalizar con las universidades y los centros de investigación es nula y su eventual contribución insignificante. Es un hecho irreversible. Pero también es un hecho que hoy en día resultaría absurdo decidir construir un Escorial, un Versalles, un Schönbrunn o un Sans-Souci. Y sería aún más absurdo destruirlos o no conservarlos.

En efecto, no sólo son reliquias, son ante todo arraigos en el pasado y realidades que permiten a las sucesivas generaciones apelar a una herencia común. Ahora bien, todos sabemos que el siglo XXI estará compuesto por profundos cambios y cuestionamientos radicales, bajo la presión de la mundialización, por lo que hay que entender la conjunción de dos desarrollos distintos, la unificación de historias humanas y la modernización de las sociedades. Del mismo modo que la personalidad pierde fuerza si se le niegan la memorización y el recuerdo, así las sociedades humanas sólo pueden existir y prosperar si están arraigadas en un pasado siempre presente. Nuestras academias forman parte de ese patrimonio desde hace siglos. Las cinco academias que componen el *Institut de France* fueron creadas en 1635, 1648, 1663, 1666 y 1795 respectivamente, y están ubicadas en un palacio construido por el cardenal Mazarino a mediados del siglo XVII. Aunque este Institut no sirviese para nada, habría que conservarlo, como tenemos que conservar nuestras catedrales, nuestros palacios, nuestros museos, nuestras literaturas, nuestras músicas. Todo lo que surca los siglos y los milenios con éxito no sólo interesa a los anticuarios, sino que además tiene algo esencial que hay que transmitir a las generaciones venideras.

DEMOCRACIA Y ARISTOCRACIA

Una segunda función plausible se basa en el principio aristocrático presente en toda democracia. La constelación de academias surgió en una Europa aristocrática. Una idea recibida dice que, al haber sucedido la era democrática a las monarquías y a las jerarquías sociales, la democracia abole la aristocracia en nombre de la igualdad. La idea no es segura, pues mezcla dos principios muy diferentes. Uno, efectivamente democrático y explorado con talento por Alexis de Tocqueville, plantea que ninguna estratificación social puede ser sancionada por la ley y transformada en una jerarquía compuesta por estados desiguales en dignidad y en privilegios. El otro dice que la democracia aborrece la desigualdad como tal y que reduce todo al mínimo común denominador. El primer principio es exacto, aunque hay que hacer ciertos matices, pues incluso hoy en día la igualdad de condiciones no es igual en Estados Unidos que en Inglaterra. El segundo es claramente falso. Para deshacer la confusión y llegar a una visión más justa de la realidad democrática, lo más sencillo es partir de la etimología de la palabra. En “aristocracia” está “el poder para los mejores”. En el uso histórico de la palabra, encontramos la definición de sociedades cuyas elites están compuestas por linajes y estirpes que disfrutan de posiciones autónomas de poder, de prestigio y de riqueza, posiciones que se convierten en las de una nobleza cuando la aristocracia está integrada en el aparato de un poder real. La democracia es, sin ninguna duda, incompatible con la aristocracia entendida de este modo, y Tocqueville tenía razón. Pero nos equivocamos si decimos que las democracias son hostiles a la revelación y a la consideración de

personalidades eminentes. Todos los ciudadanos en todas las democracias desean ser dirigidos por los mejores y les respetan cuando creen haberlos encontrado. Los aficionados al fútbol admiran a los mejores jugadores y no se ofenden con sus sueldos, como hacen los *fans* de otras estrellas de otros ámbitos. Todas las encuestas muestran que la gente admite las desigualdades de poder, de prestigio y de riqueza, a condición de que les parezcan justificadas por superioridades reales. Las democracias son, de hecho, aristocratizantes, pero lo son en beneficio de la individualidad y de los méritos verificables, y se alejan de cualquier transmisión hereditaria y de cualquier sanción a través de la ley. La consecuencia general no es la desaparición de las aristocracias en el sentido etimológico, sino su multiplicación y su diversificación en función de las opiniones, de los gustos y de los intereses.

El riesgo es que todas las excelencias estén en el mismo plano, hasta llegar a esta extraña actualidad, en la cual la opinión pública está llena de famosos ¡cuyo único mérito es ser famoso! El riesgo no es la desaparición de los valores, sino su confusión y la pérdida del sentido de la proporción. Se puede defender que viejas instituciones como las academias son capaces de corregir un poco esta inclinación, concediendo honores a méritos justificados con hechos verificables y dignos de ser destacados. No es malo que una sociedad democrática dé a sus miembros la posibilidad de apreciar a los artistas, a los escritores, a los científicos, a los empresarios, a los magistrados, a los políticos retirados, en resumen, a la excelencia confirmada. En la línea defendida por Aristóteles, es bueno que se rindan honores a los que lo merecen, pues es el modo de despertar vocaciones y de mantener la emulación, pero también de dar a todos la oportunidad de mejorar, admirando no a los que se honra, sino aquello gracias a lo cual han conseguido los honores, es decir, hechos que honran a la nación y a la humanidad. Para ello, son indispensables instituciones que recuerden al Areópago de Atenas, una función que las academias pueden cumplir, puesto que ya existen. Y pueden hacerlo a condición de respetar estrictamente dos reglas fundamentales. Una es disipar cualquier sospecha de aristocratización en el sentido antidemocrático del término, es decir, cualquier sumisión al poder político y cualquier carácter hereditario. No se trata de crear órganos estatales, sino de hacer que la sociedad civil pueda honrar a los que honra sin intervención del Estado. La votación parece que debe ser la técnica de selección más propicia al respeto de esta regla. La segunda es más delicada de aplicar, ¡pues estipula que sean votados efectivamente los mejores de generación en generación!

EL GENERALISTA Y EL ESPECIALISTA

Una tercera y última función plausible de las academias es más problemática. La edad moderna se distingue por varios rasgos ligados: la democracia, la ciencia, el desarrollo económico, la individualidad y lo que los sociólogos llaman la dife-

renciación. Entienden por ello una tendencia a distribuir las actividades humanas en ámbitos diferenciados, con la consecuencia de que, bajo la presión del competidor y debido a la preocupación por la eficacia, los campos y las actividades están cada vez más especializados. Pero, a medida que la especialización aumenta, la visión de conjunto se oscurece y acaba desapareciendo. A largo plazo, el riesgo es conseguir una eficacia máxima, pero perdiendo la capacidad de precisar para qué puede servir. Ahora bien, los humanos son por tradición generalistas, pues, como especie del reino, deben garantizar su supervivencia y, como fundadores de un reino humano diferente, deben resolver un problema de destino. La supervivencia y el destino son objetivos totales y generales que la especialización no permite percibir ni perseguir. Un exceso de especialización es contraproducente y “contrafinal”, pues amenaza la supervivencia de la especie y le hace perder el sentido de sus fines. Las consecuencias comienzan a aparecer, y en este siglo sólo pueden ir a peor. El ámbito en el que los efectos son más visibles es el de la ciencia. Ese modo maravillosamente eficaz de conocer ha ido de éxito en éxito diversificándose en distintas ciencias aplicadas a sectores de la realidad cada vez más precisos y pequeños. En las ciencias humanas, que no están tan atrasadas como afirman físicos y biólogos, la especialización ha alcanzado ya tal grado que el personaje del filósofo que domina los fundamentos de toda cognición a la manera de Kant y de Hegel, el del historiador que abarca todo un tramo de historias humanas a la manera de Mommsen o de Marc Bloch, el del sociólogo que capta todas las dimensiones del ser humano tras los pasos de Durkheim, de Weber o de Pareto, ha alcanzado ya tal grado, repito, que todos esos personajes casi desaparecieron después de la Segunda Guerra Mundial. No es que la especie se haya vuelto más débil ni sus representantes menos sabios, pero la sabiduría acumulada se ha vuelto tal que reduce las ambiciones y embota los ánimos.

En las ciencias y, de manera menos consciente y deliberada, en la sociedad en general se multiplican y precisan las muestras de la emergencia de preocupaciones al respecto. Se corre el riesgo de que beneficien a las ideologías y a las extravagancias irracionales, parareligiosas, paracientíficas, parapsicológicas, si la razón y el sentido común no proponen alternativas razonables. Ahora bien, las academias presentan dos ventajas estructurales, que podrían apoyar el sentido común y de la razón. Una es que una Academia no puede estar compuesta por especialistas de la misma especialidad. Están integradas forzosamente por especialistas que destacan en especialidades diferentes. Son lugares naturales de encuentro entre personas que dominan conocimientos muy diferentes, cosa que ya no son las universidades, los centros de investigación, los laboratorios, los seminarios, los congresos, los coloquios, que, a la fuerza, hacen encontrarse a personas dedicadas a las mismas cuestiones. Una Academia es un espacio generalista que reúne a especialistas, y bien podría ser la única que presente esta ventaja. La segunda la proporciona la edad. Salvo excepciones, los honores sólo llegan con la edad, pues hay que haber consagrado la vida a ilustrar un campo de actividad para conseguir un merecido reconocimiento. La edad puede favorecer la serenidad, al superar la

competitividad, y la lucidez, al percibir los límites. Estas circunstancias favorecen la apertura a las preocupaciones ajenas y a la pluralidad de puntos de vista. De ello nunca derivará una aparición espontánea de generalistas, pero no es ninguna locura pensar que se perpetuarán el sentido, la preocupación y la conservación de lo general más allá de las especializaciones.

Ignoro, queridos colegas, si he conseguido convencerles de que no hay motivo para desesperanzarse por el futuro de nuestras instituciones académicas. He mostrado tres argumentos en favor de su perpetuación, basados en que pueden cumplir realmente funciones reales. Un examen más detallado seguro que encontraría más argumentos. Queda la idea de que sería imprudente contar con una perpetuación espontánea y contentarse con no hacer nada. Hoy celebramos el ciento cincuenta aniversario de vuestra academia. Para que nuestros nietos y bisnietos celebren el bicentenario y el tricentenario, y que todas las academias del mundo disfruten de una gran longevidad, conviene que, de generación en generación, los académicos contribuyan a ello manteniendo el rigor en la elección de nuevos miembros, la seriedad de sus obras y las buenas relaciones en sus asambleas.

